

**ESTUDIOS
DE DISCURSOS**

SOBRE EL DISCURSO HISTÓRICO Y EL DISCURSO LITERARIO

Judith Nieto
Universidad Industrial de Santander

RESUMEN: *Revisión conceptual de las nociones de discurso y comparación de los discursos histórico y literario, tratando de encontrar los elementos que los diferencian pero también los que los tornan similares.*

PALABRAS CLAVES: *Discurso histórico, discurso literario.*

ABSTRACT: *Conceptual review of discourse notions and comparison between historical and literary discourse identifying the elements that make them different but also those making them similar.*

Judith Nieto López es profesora de la Escuela de Filosofía en la Universidad Industrial de Santander

Es cierto que emprender un ejercicio de reflexión y análisis en materia de discurso no es una labor fácil. No obstante, como toda tarea difícil requiere de alguien que se ponga de su parte y se solidarice con esa especie de combate estoico que hay que librar una vez se comienza el viaje por el camino de la búsqueda, del hallazgo de una respuesta a una pregunta establecida. Quien ahora se dedica a examinar los discursos anunciados se propone para tal combate, pues va en procura de un propósito claro: el de intentar hallar las razones que han desviado ciertos momentos de la comprensión histórica y cultural en parte de las naciones hispanoamericanas, las cuales desde su propia historia, conocida a partir de fragmentos, han impedido el claro conocimiento de ésta y además han oscurecido un pasado,

dejando brumoso el camino para saber del presente, para entenderlo, para reconocerse en él, no en términos de una invención reciente y construida por otros, sino como legado de un pretérito sobre el que obliga volver en mirada y pensamiento, no con el fin de simplemente contemplarlo, sí con el deber de explicar la condición y sentido de ciudadanos y ciudadanas de naciones que no renuncian a su devenir, pese a sus nefastas y presentes circunstancias sobre las que también se levanta su historia.

Varios propósitos acompañan el desarrollo del presente ejercicio, entre los que se destacan, además del interés central de aproximar una conceptualización acerca de tres nociones concretas como son: *la de discurso*, *discurso histórico* y *discurso literario*, el deseo de conocer lo que está a la base de éstos; captar la naturaleza de las relaciones que mantienen con el lenguaje, así como las interdiscursividades que les son propias. Es también preocupación de este texto identificar los motivos a los que apunta un discurso cuando es histórico o cuando es literario y reconocer cómo, en ambos discursos la mirada está dirigida a un cuerpo social del cual éstos emanan, según lo permiten constatar autores dedicados al estudio de la problemática discursiva y que se han tenido en cuenta para el alcance de este texto, como son: Platón (1966), Aristóteles (1967), Bajtín (1980/1982/1997/1999), Foucault (1967/1968/1972), Barthes (1994), De Certeau (1985), Duby (1980), Todorov (1993), Van Dijk (1972) Lozano (1987), Fairlough (1986), Ricoeur (1999/1996/1997), y Calsamiglia y Tusón (2001), entre otros. Es aspiración de estas páginas, acoger algunos de sus planteamientos conceptuales y teóricos e inscribirlos dentro de los propósitos ya mencionados.

No puede omitirse en estas líneas iniciales, el hecho de que uno y otro discurso emergen de un acto de producción y desde allí, una de sus misiones, quizá la fundamental sea, como lo plantea De Certeau, producir sentido y si “se trata del discurso histórico, éste busca dar testimonio, un testimonio que interroga, que pregunta sobre lo social y en concreto sobre lo real de lo social manifiesto en el lenguaje” (1985: 15). Desde esta cita se anuncia una constante que hay en todo discurso, consiste en el sentido de producción al que se debe asimilar dicho concepto. Todo discurso entonces, es una producción y como tal, su noción y contenido no pueden aislarse de las prácticas culturales, ni tampoco de las sociales.

En esta reflexión que se inicia se busca no sólo conceptualizar, sino poder descubrir el papel del discurso histórico y del discurso literario, ya en el pasado, ya en

el presente , que inevitablemente vuelve al pasado para saber los porqués, para comprender los cómo de su total constitutivo de pretérito. Presentar en un párrafo y simultáneamente dos momentos imprescindibles como son el pasado y el presente no es un problema de retórica, es algo que va un poco más lejos, se dirige hacia un hecho que ha marcado la historia del pensamiento de Occidente. A una tradición que desde antiguo se mueve a partir y quizás gracias a una diáda que sin temor a expresarlo, ha afectado el pensar, la mirada y hasta el decir en el mundo occidental.

Esta presentación se hará procurando tener presente la idea de tiempo, del que a partir de la experiencia humana ha sido dotado de significado, del que además de estar inscrito en la memoria, marca toda historia y en concreto la historia moderna occidental, la que para De Certeau comienza efectivamente con la diferencia entre el “*presente y el pasado*”. Diferencia que también permite la distinción de “la tradición (religiosa), de la cual nunca llega a separarse completamente, y conserva con esta arqueología una relación de duda y de rechazo” (1985: 16). Es así como dentro de un pensamiento alcanzado por fuera de la tradición religiosa se privilegian tres categorías infaltables en una reflexión como la presente, son éstas: la memoria, el recuerdo y el tiempo, pues innegablemente, ponerse de cara a la historia es admitir que se tiene una deuda con la memoria y con sus huellas en su paso obligado por el tiempo, por el remoto, por el presente, por el que vendrá.

Sobresale entonces, una diferencia que se ha hecho persistente y que permite afirmar como ya otros lo han dicho, que el de Occidente es un pensamiento dividido, pues la perduración de lo uno y lo otro, lo igual y lo diferente, el pasado y el presente, la historia y la ficción, la memoria y el recuerdo, constatan que una especie de obsesión por separar, es una manera de trazar “la decisión de ser *otro* o de no ser *más* lo que se ha sido hasta el momento” (1985: 17-18). No está de más precisar que la explicación de una postura de pensamiento venida aparentemente de tales antinomias, se origina en el hecho de que en cada posición predomina una racionalidad específica, desde las que se asume el compromiso de justificar racionalmente una forma u otra de concebir el mundo, de pensar la historia, de lograr la ficción.

Como se anunció, el presente texto dará una mirada conceptual a las nociones de discurso y hará énfasis en el discurso histórico y en el literario. Se procura encontrar los puntos que los definen y especifican, así como los que los hacen similares y diferentes, o los que en lugar de divergentes, los vuelven convergentes.

□ Del discurso a los discursos: algunas palabras y el eco de algunas voces

Precisa este momento dar una mirada breve a algunas de las visiones que se han dado al sentido de *discurso* y, desde luego, el punto de partida es el que se refiere al concepto o a las principales aproximaciones conceptuales alcanzadas para dicho término a lo largo de la historia, pues como se sabe, la del *discurso* es una discusión que viene desde la antigüedad clásica y ha quedado consignada en obras como la *Poética* y la *Retórica* de Aristóteles, en las cuales se postulan la imaginación y la persuasión como finalidades de uno y otro discurso. En concreto, la primera obra trata del arte de la evocación imaginaria, en tanto que la segunda trata de la argumentación y de su valor en la comunicación cotidiana. Son, como puede apreciarse, puntualizaciones sucintas acerca del interés despertado desde antiguo por la temática del discurso.

En adelante y luego de este breve preámbulo marcado por la filosofía, otras y variadas son las reflexiones que desde los griegos se han dado sobre la problemática del *discurso*, la que se encuentra asociada al sentido de “práctica”. Foucault, por ejemplo, en uno de sus trabajos sobre el discurso, deja claro que éste se refiere a “una práctica que tiene sus formas propias de encadenamiento y de sucesión” (Foucault 1972: 284). Al hablar de práctica propone entender dicho término desde una visión colectiva, pues su carácter es social, como sociales son sus formas de constitución.

Otra de las posiciones conceptuales frente al término *discurso* es la de Michel De Certeau, para quien el sentido de dicha voz y su posterior tratamiento desde una visión histórica y literaria, es que “el *discurso* no es una expresión en abstracto” (1985: 28); es sí, algo que tiene que ver con una de las actitudes fundamentales de la vida, y en tanto los acontecimientos vitales de todo hombre se mueven desde una acción de producción¹ la que al no ocurrir en abstracto, es, como dice el mismo autor, la que indica la base del *discurso*, no importa el tipo de *discurso* del que se trate.

¹ Citando a Marx, destaca De Certeau. “(...)la producción es siempre una rama particular de la producción. Finalmente “el que ejerce su actividad en un conjunto más o menos grande, más o menos rico de esferas de la producción, es siempre un cuerpo social determinado, un sujeto social”.

Es así que atendiendo al carácter de producción que compete a dicho término, se orientará la noción de *discurso* que aquí se quiere mantener, porque, aunque esta voz data de tiempos antiguos, actualmente uno de sus más sobresalientes e influyentes sentidos se trabaja y se entiende dentro del contexto de los procesos de producción social². Pero no se trata sólo de conocer y de consignar el concepto del término *discurso*, se procura también tomar una posición frente a la variedad de sentidos que éste ha cobrado en las diferentes prácticas intelectuales dedicadas a su estudio.

Aunque la inmediata noción de *discurso* a la que se suele remitir involucra su carácter verbal o de enunciados, es necesario enfatizar que tres características son comunes a dicha acepción, éstas son: su esencia histórica, el sentido de práctica que contiene, y sus condiciones que lo identifican como un hecho social.

Sobre la esencia histórica del *discurso*, expresa Foucault: “el discurso, a diferencia quizá de la lengua, es esencialmente histórico, (...) constituido por acontecimientos reales y sucesivos, que no se puede analizar fuera del tiempo en que se manifestó” (Foucault 1972: 335). Es una característica que además de ser imprescindible a todo hecho de *discurso*, concibe las circunstancias en las que surgen los discursos, pues el acontecer histórico, además de ser su fuente de producción, posibilita su explicación y comprensión; como diría Van Dijk (1983), se debe reconocer el contexto en el que surge el discurso, para de esta manera comprender que los discursos del tipo que sean, no están desconectados, no surgen de la nada, ni en el vacío; se deben a una historia social y cultural, proceden de un contexto.

Pensar en el término “contexto”, implica formularse preguntas como: ¿qué se entiende por contexto? ¿En qué lugar de la realidad situarlo? ¿Cómo tener en cuenta sus relaciones con el texto? Se trata de lo que remite al contexto mental y en concreto al mundo humano de significados, análogo en consecuencia con el texto a que hace referencia y en el que se pueden apreciar categorías de pensamiento, formas de razonamiento, e incluso sistemas de representación del conjunto axiológico, institucional y de sensibilidades por los que se hace visible e identificable determinado grupo social.

² En Marx se lee: “ Por eso, cuando se habla de producción, se está hablando siempre de producción en un estadio determinado del desarrollo social de la producción de individuos en sociedad. Podría parecer por ello que para hablar de la producción a secas fuera preciso o bien seguir el proceso de desarrollo histórico en sus diferentes fases, o bien declarar desde el comienzo que se trata de una determinada época histórica”.

Lo anterior explica que todo contenido de visión de mundo, todo universo espiritual visible en el discurso, existe al interior de diversas prácticas, las que en forma dinámica son desplegadas y renovadas constantemente por los individuos a través de sus actividades sociales y culturales. Se comprende entonces cómo:

“Cada tipo de institución, cada categoría de obra posee su propio universo espiritual que ha debido elaborar para constituirse en disciplina autónoma, en actividad especializada que corresponde a un dominio particular de la experiencia humana” (Vernant y Vidal-Naquet 1987:24).

El discurso reconocido como práctica debe entenderse al interior de un contexto social, que caracteriza toda práctica discursiva como múltiple y compleja; ya en el epígrafe que introduce este apartado se lee lo que plantea Foucault acerca del carácter de práctica que subyace a la noción de discurso, del que destaca su complejidad, heterogeneidad y constitución ligada a reglas que definen sus singularidades, las que dependen de los campos de surgimiento del mismo, pues como práctica social, el discurso establece relaciones múltiples con la sociedad en que se produce (sus instituciones, estructuras, factores culturales). En tal sentido, se refiere a una práctica influida por la sociedad, pero a la vez el discurso influye en ésta, como una forma de mantenerla, de reproducirla y de transformarla.

En cuanto al carácter social, propio de todo hecho de discurso, puede decirse, que éste como el histórico y el práctico, es consustancial al discurso; así lo constatan Calsamiglia y Tusón, para quienes

abordar un tema como el discurso significa adentrarse en el entramado de las relaciones sociales, de las identidades y de los conflictos, intentar entender cómo se expresan los diferentes grupos culturales en un momento histórico, con características socioculturales determinadas (Calsamiglia y Tusón 2001: 16).

ya mencionadas, pero lo interesante es que remite a las múltiples influencias alcanzadas por dicha práctica y a las complejas relaciones que establece. Desde esta caracterización y por consiguiente teniendo en cuenta las anteriores, se explica y se comprende por qué el Puede apreciarse que el sentido social del discurso, involucra las otras dos características discurso influye en la sociedad y en la cultura, en las representaciones del mundo, en

las relaciones entre las personas, así como en sus identidades, en las que se reconocen y se diferencian los grupos humanos, las que “se construyen, se mantienen y se cambian a través de los usos discursivos” (*Íbid*).

La del discurso es entonces una historia tan antigua como la humanidad, historia que ha dejado huellas de diálogo tanto en las manifestaciones discursivas espontáneas como en las más elaboradas. Es lo que explica cómo todos los ámbitos de la vida social, sean públicos o privados, generan prácticas discursivas complejas, las que orales, escritas o iconográficas, dan cuenta de su carácter social, e histórico, al igual que de las propiedades de interacción que mantienen dispuesto el discurso a la historia y ésta al discurso.

En la digresión adelantada hasta el momento, el sentido de *discurso* se ha construido en el horizonte de “fenómenos de conciencia, que no pueden tomarse, en consecuencia, como expresión directa del saber práctico sino que guardan con ellos relaciones más complejas”. (Kaliman 2001: 28) Es una aclaración pertinente tanto para hablar de *discurso*, como para el debate que éste propicia en torno del sentido de ideología; puede confirmarse que uno y otra tienen su parentesco, pues desde las diferentes posiciones teóricas se argumenta que los discursos, son claras representaciones de lo que dinamizan los procesos sociales, es decir son representaciones de lo ideológico. En cuanto al concepto de *discurso* se destaca que una de sus principales funciones consiste en representar un tipo peculiar de acción, representación que se traduce en la explicación consciente de los procesos sociales, en el surgimiento de las mentalidades y sus singularidades, y en consecuencia, en los condicionamientos de las conductas de los agentes sociales. En síntesis, en lo que equivale a representar una ideología.

Una vez logrados algunos de los planteamientos sobre la noción de *discurso* y otras voces afines, conviene detenerse en referentes centrales de esta problemática que cuenta con estudiosos, entre los que pueden destacarse y para la preocupación que aquí se tiene a Barthes (1994) y Bajtín³ (1982). En Barthes el término *discurso* equivale a “la descripción formal del conjunto de palabras superiores a la frase” (1994: 163); asimismo, destaca que la mirada otorgada desde Gorgias y hasta el siglo XIX al discurso como texto,

³ Es de recordar que a partir de 1970, especialmente de 1975 en adelante, Bajtín empieza a influir sobre el pensamiento occidental y los estudios del discurso, no antes.

constituyó el objeto propio de la retórica; no obstante, los alcances que ha tenido la lingüística, especialmente durante el siglo XX, le dan una nueva actualidad, al punto de que puede hablarse de “una lingüística del discurso; a causa de su incidencia sobre el análisis literario” (*Íbid*).

Bajtín (1982) aborda sus estudios sobre el discurso desde la categoría del enunciado. Considera que el uso del lenguaje se lleva a cabo en forma de enunciados (orales o escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de una u otra esfera del mundo práctico humano. Los enunciados, dice Bajtín “se constituyen en tipos relativamente estables denominados géneros discursivos” (1982). Dichos géneros tienen un proceso de formación que se proyecta sobre la naturaleza del enunciado y ante todo sobre el complejo problema de la relación entre el lenguaje y la ideología⁴.

En Barthes, al igual que en Bajtín, sobresale algo singular que tiene el *discurso* y que consiste en el carácter de escucha que subyace tanto al texto escrito como al oral. Es esto lo que permite parafrasearlo cuando considera que las palabras no son entidades aisladas, van incorporadas a textos que hay que escuchar y leer a plena luz, para ver aparecer, o mejor, para desocultar el sentido que contienen.

En lo relacionado con el sentido de la escucha, propio del *discurso* y al que atienden los autores ya mencionados este apartado considerará puntualizaciones desarrolladas por Bajtín, las que son vitales para los análisis que aquí se adelantarán. Pero antes, es oportuno hacer referencia a sus estudios sobre el discurso, los cuales aborda desde la categoría de enunciado.

Es claro entonces que el proceso de formación de los géneros discursivos en Bajtín se proyecta sobre la naturaleza del enunciado y ante todo sobre el complejo problema de la relación entre el lenguaje y la ideología. Para Volóshinov/Bajtín, la actividad del lenguaje se funda en el hacer humano como actividad social y en el intercambio comunicativo, como actividad

⁴ En Voloshinov/Bajtín se lee que “El signo es ideológico” situación que obliga a trascender del nivel *funcional* (comunicación) al de la *crítica*, de la valoración, de la toma de posición. Son puntos que se destacan en el momento de construcción conceptual, pero sobre los que se volverá en profundidad con los análisis de los discursos seleccionados para la presente investigación.

semiótica. Tanto las palabras como los signos están abiertos a significar, a dar a conocer aquello que la clase social expresa de manera más o menos consciente.

En Bajtín “todo producto ideológico posee una significación, representa, reproduce, sustituye algo que se encuentra fuera de él. Esto es, aparece como signo, donde no hay signo no hay ideología” (Bajtín 1982: 32). Un signo ideológico es, parafraseando a Bajtín, un reflejo, una sombra de la realidad, y llega a ser parte material de esa realidad. Lo ideológico se caracteriza por situarse en los individuos organizados, aparece como su ambiente, como un medio de comunicación. Este último aspecto, ha permitido que numerosos estudiosos de la problemática del discurso⁵ realicen diversas investigaciones en torno a la cultura y a la concepción de mundo que subyace a los discursos en general.

De ahí que para Bajtín los discursos, no son entidades independientes; y a partir de su visión de géneros, considera que son la franja conductora desde la historia de la sociedad hacia la historia del lenguaje y lo que pretende a partir de su filosofía del discurso es una interdiscursividad textual, con una intención concreta:

Es decir, al asumir plenamente la doble orientación conferida por Bajtín a slovo⁶, a su propia palabra-discurso, asimismo su dialogía inherente, nos situamos en un registro que nos permite identificar las prácticas socio-ideológicas subyacentes a las posiciones de enunciación y sus voces, concretamente en nuestro caso a la voz del discurso (Malczinsky 2001: 15).

Como puede verse se trata de una doble práctica que permite conectar tipos de discurso aparentemente individuales (caso de los relatos en la conversación) con los contextos que hablen de la procedencia de tales discursos; es lo que en palabras de J.Kristeva y según Fairlough (1986) equivale a apreciar la inserción de la historia (sociedad) en el texto y del texto en la historia.

⁵ Entre los que sobresalen los estudiosos del análisis crítico del discurso: Bolívar, 1992^a, 1992b; Van Dijk, 1984, 1987; Fairlough, 1995, y Coulthard, 1992, 1994.

⁶ Frente a slovo aclara Malczinsky: “Es una antigua voz vernacular, de uso común y capacidad figurativa, pero sus propiedades polisémicas no mediatizan una nomenclatura; muy al contrario, se prestan a un uso estilístico” (2001b: 11).

Ahora bien, ya se había anunciado que uno de los contenidos interesantes presentados por Bajtín, es el relacionado con el sentido de la escucha tal como lo postula Malcuzyński, quien en cuanto a su concepción bajtiniana del discurso como categoría que siempre se piensa en función del *otro*, precisa:

Siempre oímos y reconocemos la palabra-discurso por lo que es en tanto enunciado lingüístico, una realidad estética, pero escuchar la voz que desde dentro orienta la palabra de sí misma, hacia el otro, el discurso del otro, es una praxis que pertenece a la categoría de lo ético y por supuesto a lo ideológico (Malcuzyński 2001a: 35).

Es así como la concepción de discurso en Bajtín “no implica una metafísica de la ausencia; al contrario proporciona una filosofía de la presencia” (Citado en. Malcuzyński 2001b), y añadimos, de la presencia del otro, en tanto portador de un discurso que también requiere ser escuchado.

En este sentido, y valga la reiteración, como diría Malcuzyński, “más pertinente que palabra y/o enunciado sólo para restituir a *slovo* su pleno sentido, sugiero la noción de palabra-discurso, para subrayar la primacía del otro que le es inherente” (2001b:12). Del otro que en tanto inherente, hace plural el discurso fortaleciendo así otra de las características discursivas según Bajtín, quien además de dejar clara la dialogicidad, condición fundamental para lo discursivo, se interesa por otro aspecto, como es el de la entonación, que presenta todo un contenido dirigido al otro, pero en especial a los otros, en tanto son también oyentes:

La entonación siempre se encuentra con el límite entre lo verbal y lo extraverbal, entre lo dicho y lo no dicho. Mediante la entonación la palabra se relaciona directamente con la vida. Y ante todo, justamente en la entonación el hablante se relaciona con los oyentes: la entonación es social por excelencia. Es sobre todo sensible para cualquier oscilación de la atmósfera social en torno al hablante (Bajtín 1997: 118).

Concede Bajtín importancia a la entonación en tanto *valoración social*, de modo que el discurso al tener en cuenta la entonación, no está solamente en el nivel *funcional* (comunicativo), sino que está en el nivel de la crítica, de la valoración social, de la *toma de posición de la enunciación*.

En los planteamientos adelantados acerca de la voz *discurso*, hay presencia de contenidos acerca del orden social, de la práctica y de la producción. Se trata de contenidos que no sólo acompañan, si no que caracterizan dicha acepción, entendiéndola fundamentalmente como una práctica social que lleva implícita una relación dialéctica de la que participan el discurso como tal y la estructura social que lo configura. Como bien se sabe, una relación dialéctica, implica una relación en dos direcciones y en este caso se trata de las situaciones y de las estructuras institucionales que dan forma al acontecimiento discursivo, pero también, y evocando líneas anteriores, dicho acontecimiento les da forma a éstas.

En síntesis, abordar un tema como el *discurso*, no lleva sólo a intentar algunas acepciones sobre éste, significa tener en cuenta y penetrar en el tejido de relaciones sociales, de identidades próximas y lejanas, que se expresan en conflictos hechos visibles en las manifestaciones culturales en un momento histórico y de unas características socioculturales particulares. En la búsqueda de la noción de discurso y en lo que ésta tiene que ver con las representaciones literarias, se aspira a comprender el constitutivo de identidades socioculturales que las caracterizan, los que son reflejo del todo social, además de los discursos provocados a su interior. Pensado así, el discurso muestra el espíritu de una época, el cual de manera diferente presentan tanto el texto histórico como el literario.

□ **Del texto histórico y el texto de ficción literaria: en pasado y presente**

Pensar en la oposición que hay entre la historia y la ficción no es una inquietud nueva, tampoco es algo ajeno a historiadores y creadores del género de la ficción, en concreto de la ficción literaria. Sobre esta preocupación se han interrogado pensadores antiguos y contemporáneos, pero además se han realizado planteamientos teóricos, soporte de diversas reflexiones hechas a la luz de actualizadas disciplinas. Es por esto que hacer alguna digresión, por breve que sea de la antinomia, -también relación- texto histórico versus texto de ficción literaria, es un ejercicio que obliga a empezar por la historia que guarda tal pareja de términos que pueden ser convergentes, aunque se los piense antinómicos.

Entre los autores que han trabajado acerca de uno y otro discurso, uno de los más antiguos y pertinentes para este recorrido es San Isidoro de Sevilla quien en sus *etimologías* define la historia como “la narración de hechos acontecidos por la cual se conocen los sucesos que tuvieron lugar en tiempos pasados (De Sevilla 1982: 359). Lo interesante en esta definición es que los hechos de que se ocupa la historia pertenecen al dominio de lo visible”⁷ únicamente, y esto se confirma cuando, al continuar la lectura de la mencionada obra, aparece la distinción que este autor trae sobre *historia*, *argumento* y *fábula*, que al parafrasearse puede plantearse así: la historia trata de los hechos acontecidos; el argumento, refiere a los sucesos que aunque no han tenido lugar, pueden tenerlo; y la fábula, en cambio, trata de aquellas cosas que no han acontecido ni acontecerán, pues no obedecen a lo natural.

La anterior definición expone una de las primeras aproximaciones al problema discursivo del que aquí nos ocupamos y admite compararse críticamente con otras posteriores que llegaron a fortalecer el mencionado concepto. Es el caso de Voltaire, quien transcurridos once siglos después de lo presentado por San Isidoro y en su artículo titulado “Histoire” de *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers* (1751-1799), lo retoma, pero desde diferente significación. “La historia, dice, “c’est le récit des faites donnés pour vrais; au contraire de la fable, qui est le récit des faits dones pour faux”. (Citado en Lozano 1987: 128) [“es el relato de los hechos dados por verdaderos; al contrario de la fábula, que es el relato de los hechos dados por falsos]. Traducción personal.

Una diferencia de significación es la que se da entre San Isidoro y Voltaire; mientras para el primero la diferencia entre historia y fábula consiste en distinguir entre hechos posibles e imposibles, dejando ver que los hechos de que se ocupa la historia son del mundo de lo visible, para el segundo dichos términos se distinguen en el modo que cada relato hace la presentación de los hechos. En tal sentido, aclara Lozano “se señala una diferencia de tipo

⁷ La definición completa de historia tomada de San Isidoro dice así: El nombre de historia deriva en griego de *historien*, que significa “ver”, “conocer”. Y es que entre los antiguos no escribía historias más que quien había sido testigo y había visto los hechos que debían narrarse. Mejor conocemos los hechos que hemos observado con nuestros propios ojos que los que sabemos de oídas. Las cosas que se ven pueden narrarse sin falsedad. Esta disciplina se integra a la gramática porque a las letras se confía cuanto es digno de recuerdo (De Sevilla 1982: 359).

discursivo que atañe al modo y a la intención. Mas es necesario, en cualquier caso, se apunta, que todo discurso sobre la historia debe ser él mismo un discurso histórico” (1987:128). Esto sin dejar de lado que el relato sirve de vehículo para el conocimiento del discurso histórico, el mismo que según señala De Certeau (1985) tiene la pretensión de ofrecer un contenido verdadero bajo la forma de la narración. De ahí el cuidado que debe tenerse al intentar diferencias como las hechas por autores como San Isidoro entre la historia y la fábula.

Dos son los esfuerzos que en adelante se harán en este apartado; uno tiene que ver con saber qué característica debe cumplir un texto para que sea histórico y el segundo, consiste en subrayar la diferencia o la relación entre una obra histórica y una de ficción literaria. Sobre el primer esfuerzo conviene una pregunta: ¿qué textos pueden ser considerados históricos? Tienen el carácter de históricos aquellos que

“si, y sólo si, cuentan la verdad. La verdad de lo que se cuenta, se convierte en efecto en el criterio fundamental para definir un texto como histórico si se lo opone a un texto de ficción, en el que según Lozano se supone que lo que se cuenta es inventado y, por lo tanto, falso” (Lozano 1987:129).

Concederle el privilegio de la verdad a la historia porque es historia tiene sus peligros, pues hay textos de ficción que en efecto cuentan hechos falsos (la ficción lo admite) y no obstante, pasan a hacer parte de la historia como si fueran verdaderos. Caso concreto, la narración hecha por García Márquez en *Cien años de soledad* acerca de la “matanza de las bananeras”, la cifra no fue de tres mil, ni siquiera fue una cifra aproximada⁸, no obstante, y como un fuerte efecto de la ficción, hoy se sigue diciendo que los muertos fueron tres mil, y los textos de historia de Colombia lo consignan para que se enseñe como un dato cierto, y oficialmente verdadero.

⁸ En entrevista que se hace al escritor sobre dicho e impreciso dato contesta: “ Lo que pasa es que tres o cinco muertos en las circunstancias de ese país, en ese momento debió ser realmente una gran catástrofe y para mí fue un problema porque cuando me encontré que no era realmente una matanza espectacular en un libro donde todo era tan descomunal como el “Cien años de soledad”, done quería llenar un ferrocarril completo de muertos, no podía ajustarme a la realidad histórica...decir que todo aquello sucedió para 3 ó 7 muertos...no alcanzaba a llenar...ni un vagón. Entonces decidí que fueran 3.000 muertos, porque era más o menos lo que entraba dentro de las proporciones del libro que estaba escribiendo. Es decir, que ya la leyenda llegó a quedar establecida como historia” (Posada: 1998: 3).

Es el riesgo que se corre con hacer categórica la verdad o la falsedad para el discurso histórico o para el de ficción literaria respectivamente; el problema no tiene una respuesta simple y el intento de lograr alguna claridad amerita unas líneas que den cuenta de una discusión que debe exponerse, aunque sea en términos breves. Cabe en este momento traer una de las nociones a las que se frecuenta cuando se trata de buscar claridades en torno a lo histórico y lo ficcional en materia de discurso, se trata de “lo verosímil” ¿Cuál es la más inmediata referencia a la que se acude cuando de pensar en lo verosímil se procura? No hay que negar que siempre hay una remisión a Aristóteles, quien ha declarado o mejor ha asociado lo verosímil con lo persuasivo, como lo que lleva al destinatario a dar por verdadero lo que tiene tal carácter. Como expresa Jorge Lozano, lo verosímil también llega a mirarse con la idea “de que puede producir, discursivamente, que no ontológicamente, un *efecto de realidad*, un efecto de sentido, llamado *verdad*. Verdad como ilusión y como efecto es, como iremos viendo, una característica común a lo ‘histórico’ y a lo ‘ficticio’ ” (1987: 129). Con esto se puede deducir que tanto lo verosímil como la verdad son efectos producidos por el discurso, pues de hecho éste genera sentido, los que pueden ser, o bien del orden de lo verosímil o bien del orden de lo verdadero, pero siempre serán efectos alcanzados desde el propio texto.

Es el momento para hacer referencia a la *mímesis*, pues lo planteado hasta ahora lo requiere. Como bien se sabe desde el mundo de la filosofía, dicha categoría ha constituido el principio de la definición del arte y la base tradicional de la ficción, además de ser la teoría que define la literatura como imitación de la realidad. Doctrina también planteada por Platón y Aristóteles; no obstante desde posiciones divergentes, los dos filósofos coinciden al llamar la atención sobre la relación con la realidad que le es propia a la *mímesis*. Para Platón, la *mímesis* consiste en copiar lo que aparece en la realidad y al ser una copia, no puede ser verdad, de ahí su convicción de que el arte imitativo es una mentira. Esto es lo que lo lleva a considerar en *La República* que la poesía imitativa “no debe ser tomada en serio, por no ser ella misma cosa sería ni atendida a la verdad” (Platón 1966:376-377 y 608^a). Afirmación que hace, pese a que antes había admitido tanto las narraciones verídicas como las ficticias, aceptando la últimas como medio de educación

Aunque para Aristóteles la relación con la realidad que le es propia a la *mímesis*, no se limita a la copia, sino a la creación producida desde la realidad, debe destacarse el desarrollo del concepto de ficción que desarrolla en su teoría de la *mímesis*, dado que en tanto hay creación de la realidad, hay ficción. Lo que refuerza el hecho de que la *mímesis* remite a una reproducción externa. Otros aspectos pueden expresarse desde esta fundamentación filosófica acerca de la *mímesis*, de la ficción y del problema de la verdad para el caso de la definición del discurso histórico y de ficción literaria, que aquí interesan. Por ejemplo, no podría dejarse por fuera cómo al lado de la mencionada teoría y de su tratamiento en la *Poética* aristotélica, existe una tradición retórica constituida por narraciones caracterizadas por hechos que no han ocurrido, ni pueden ocurrir. Se trata de una tradición iniciada por Aristóteles en la *Retórica*, justo cuando habla de los “ejemplos inventados” (Aristóteles 1967: 1393^a), que además se encontrará en las retóricas clásicas y en poéticas del ámbito narrativo. Puede entenderse que estos ejemplos inventados hacen parte de narraciones logradas a partir de hechos fingidos y caracterizan la poesía. Y En tal caso, se constituyen en otra de las formas de la ficción.

Lo que no puede olvidarse es que en el mundo de lo ficcional, se plantean al tiempo la relación de semejanza entre *la ficción y la realidad*, propia de la propuesta aristotélica, y el establecimiento de la antinomia entre lo que se dice y la realidad que remite al problema de *la verdad y la ficción* en Platón quien lo aplica con rigor aunque contradictoriamente en su crítica al discurso literario.

No obstante algunas divergencias, para los dos filósofos, la literatura es imitación, pero frente a tal hecho se filtra una posición de índole moral, en Platón, quien preocupado por la relación verdad - ficción y al considerar esta última como mentira, censura a la ficción por no ser fiel a la verdad; mientras que para Aristóteles, el arte es independiente de la moral y en tal sentido lo que interesa es la representación de la realidad; la que puede lograrse desde ésta, o si se alcanza con hechos de ficción, que son otra forma de mostrar el mundo.

Para evitar confusiones con el contenido de “verdad” presente o no tanto en el discurso histórico como en el literario, es preferible pensar en términos de “realidad”, porque no puede negarse que desde una lectura comparativa de ambos discursos, en el texto histórico

El referente inmediato de este discurso son acontecimientos reales en vez de imaginarios. El novelista puede inventar los acontecimientos en que consisten sus relatos, en el sentido de producirlos con la imaginación(...). Pero el historiador no puede inventar, en este sentido, los acontecimientos de sus relatos; debe (en el otro sentido, igualmente tradicional, de la invención) 'hallarlos' o 'descubrirlos' (White 1992: 183).

Haciendo eco de la cita de White, otras apreciaciones son las que permiten afianzar la idea de realidad antes planteada y considerarla como pertinente para el discurso histórico, pertinencia que además ayuda a establecer la diferencia fundamental y que en materia de realidad concierne tanto al discurso histórico como al literario; pues uno y otro se producen desde este mismo ámbito, pero con horizontes diferentes. Se trata de conocer lo que en sentido similar expresa J.O Cofré:

Por lo que respecta a la literatura, en cuanto a expresión artística, el enunciado literario (el discurso literario) es algo muy diferente de una proposición. El enunciado literario es inverificable por principio, lo que quiere decir que no tiene el menor sentido intentar buscar o probar su verdad o falsedad. (...) No es ni verdadero ni falso, como lo puede ser cualquier juicio de experiencia, puesto que su denotación queda neutralizada y, por tanto, no apunta a la realidad histórica o causal, sino a una realidad imaginaria" (Cofré 1991:32-33).

Dos realidades diferentes son las que hacen presencia en el discurso literario y en el histórico, mientras como él mismo lo expone, la de la literatura es una realidad posible desde las palabras, la de la historia, además de estar hecha de lenguaje, la constituyen acontecimientos materiales. Es lo que muestra la imposibilidad de verificar el discurso literario y la posibilidad, además de la necesidad de hacerlo con el histórico. En tal sentido se retoma a Cofré quien aclara:

En definitiva el discurso imaginario o literario se diferencia por un lado, del discurso ordinario y del histórico en cuanto éstos constantemente requieren estar ajustándose a los hechos y correr por decirlo de algún modo, paralelamente a lo que es o a lo que ha sido (1991:34).

La novela no necesariamente tiene que acogerse a la realidad, alcanza a estar cerca o alejada de ésta, llega incluso a reinventarla, como dijera Aristóteles al referirse a la poesía; en tanto que la historia, no puede distanciarse de los hechos, mucho menos alterarlos.

Lo importante en esta discusión no es llegar a un punto en el que quede claramente marcada la verdad o no entre la ficción y la realidad, lo que interesa es la lectura responsable, frente, por ejemplo, al texto de ficción, el que llega a producirse desde elementos que proceden de la realidad, pero que como obra de la imaginación pueden reinventarse, todo, gracias a la creación del autor, en la que intervienen además de mecanismos psicológicos, los de orden social y cultural, que son los que en el común de los casos llevan a que el autor- creador consiga una determinada representación de la realidad en la que se mueve y la que con agudeza pretende mostrar como tal, hasta el punto que a los ojos del lector llega a ser casi igual, pero no exactamente igual a la realidad, en este sentido,

(...) es la actitud del lector la que dará la clave para distinguir un discurso literario de otro que no lo es. Si por desinformación o porfía nos empeñamos en tomar por cosa real lo que leemos en cuentos y novelas, no habrá manera de acceder a la obra de arte. El texto artístico necesita de lectores mínimamente advertidos capaces de asumir una actitud de cooperación con el discurso que se lee. Suele ocurrir que los mundos novelescos se asemejan mucho a la realidad, como ocurre también que ciertas realidades se asemejan mucho a los mundos de ficción. Pero, debe existir un criterio para distinguir cuando nos enfrentamos con la realidad mundanal, y cuando con la ficción (1991:34-35).

Sólo un lector “advertido” sabrá identificar el punto en el que se acerca y se distancia la realidad del discurso literario, por eso la apreciación realizada en páginas anteriores acerca de “la matanza de las bananeras” narrada por García Márquez, debe llevar a tener presente el criterio lector que diferencia la ficción de la realidad y que evita tachar de mentira lo narrado por la ficción. Infortunadamente debe asumirse que en casos como éste, el sentido de lector “advertido” suele estar ausente tanto en los lectores como en los historiadores.

En aras de establecer una diferencia posible entre dichos discursos, hay también algo importante, y es que el resultado del estudio, del carácter que sea (histórico, de ficción literaria) es siempre una narración. Podría fijarse en ésta el punto de referencia, para reconocer lo que hay de común o de diferente entre el texto de historia y el de ficción literaria. Y en tanto narración, lo importante de la histórica y además lo que se debe tener en cuenta al hacer una lectura en dicho terreno, es que ésta no consiste en un traslado del pasado con la idea de creer que desde el presente se está allí

mismo; es sí lo que ha mostrado Genette: “diégesis, no mímesis; entendiendo por la primera lo que se puede traducir desde el griego, es decir, relato...” (1969:50), el que el autor retoma de la tradición griega para referirse al aspecto narrativo del discurso. Aspecto que alude al discurso en su acepción general, como al discurso en sus especificidades de histórico o de ficción literaria.

Es oportuno en este momento hacer referencia a Todorov, quien también incursionó en los campos de la *ficción* y de la *realidad*. Haciendo alusión a Valéry, Todorov señalaba:

Que al admirar un retrato de un personaje antiguo, nos inclinamos por declararlo verdadero aunque no dispongamos de ningún medio para beneficiar semejante juicio. Hacía extensiva esta observación a los libros: Tratándose de un pasado un poco alejado, y ateniéndonos a la reacción del lector; “no hay razón para distinguir”, escribía, entre los autores de historia y los autores de ficción, entre los libros de testigos verdaderos y los de testigos imaginarios. “Podemos según nos plazca considerarlos a todos como inventores, o bien a todos como reportistas (...) (Citado en Todorov 1993:119)

La cita de Valéry traída por Todorov permite inferir que lo que se procura es alcanzar un efecto de verdad, entendido, evocando a Barthes, como un efecto de realidad generado en el lector o en este caso en el observador a partir de un hecho: el de la lectura o el de la mirada. Es lo que se aprecia sobre una y otra situación, pues a la postre, lo que hace el lector es procurar un discurso sobre los hechos al alcance (sobre lo que se ve, lo que se lee). Se da entonces una interpretación, un sentido, si se admite, un logro de discurso al que se exponen los hechos luego de ser mirados, de ser escuchados, de ser leídos.

Conectando lo anterior con la lectura de Todorov, se encuentra una primera interpretación de la relación: *ficción-verdad*, se trata del efecto de la verdad, entendido en términos de realidad, no del alcance de la verdad como tal. No obstante, otra interpretación, es la que presenta el mismo autor: “nuestra modernidad conoce otra, más radical aún, que consiste en decir, no que son indiscernibles, sino que la ficción es más verdadera que la historia: se mantiene la distinción, pero se invierte la jerarquía” (1993: 120); una interpretación como ésta es admisible para el caso de la novela histórica y en concreto para la producida en Hispanoamérica como efecto del proceso

independentista y en épocas posteriores, es una “Jerarquía” de fácil acomodo, o mejor, de fácil aceptabilidad, pues el novelista devuelto por un efecto de “leyenda” que no acaba de repetirse en discurso e imagen, intenta volver realidad la ficción, máxime si ha tomado testimonios de lo que en la historia aconteció. No sobra insistir acerca del cuidado con el que se debe adelantar esta lectura, pues nunca la ficción será más real que la historia, por más que la fuerza de la imaginación sea capaz de mantener el brillo que sólo conservan los hechos desde esa tibieza que les es propia, cuando acaban de acontecer.

No queda duda de que tal inversión de jerarquía a través de la que se declara que la ficción literaria, en caso concreto, la novela, alcanza la realidad que no puede garantizar la historia, hace eco de lo que veinte siglos antes, Aristóteles (384-322.a.C) había declarado a través de la conocida y repetida expresión de que “la poesía es más filosófica que la historia”. En tal sentido, la ficción, según anota y permite parafrasear Todorov, es un privilegio que no alcanza la historia, su afán de mostrar los hechos, como ciertos, como visibles, o mejor, como sucedieron, se lo impide. Y en esto hay una ganancia para la ficción, en concreto para la novela, la que al no tener la aspiración a la verdad, puede, quién lo creyera, hacer creer que la consigue.

Acerca de la proximidad o distancia que los mencionados discursos mantienen con la realidad la que ya se ha dejado claro como se comporta frente a uno y otro, es interesante lo que en tal sentido, pero desde la noción de “verdad”⁹ plantea Todorov: “Al menos deben distinguirse dos significados de la palabra: la verdad- adecuación y la verdad-revelación; la primera no conociendo otra medida que el todo o nada, la segunda, el más y el menos” (1993:122). Aunque la distinción sirve como punto de partida, necesario para su comprensión, dice el mismo autor que al novelista le queda la aspiración a la verdad-revelación, en tanto que el historiador tiene que estar del lado de la verdad- adecuación.

Frente al novelista y su aspiración a la verdad-revelación, queda para el historiador una suerte de dilema, pues al no quedar satisfecho únicamente con la ordenación de los hechos que al presentarse como acontecieron no

⁹ Se toma esta noción para dar continuidad a lo que se lee en Todorov, quien en los dos significados que propone para distinguir la verdad, conduce a la idea de realidad, como se constata en párrafos siguientes.

pueden modificarse así sean poco convincentes, le quedan dos opciones: admitirlos sin ninguna otra alternativa, así no alcancen a convencer, o dar lugar a la interpretación y en tal sentido admitir la crítica, y en cierta medida adecuar la verdad (realidad) de los hechos a las circunstancias sociales que los propiciaron.

En cuanto a la primera opción, (verdad-adecuación) Barthes presenta un planteamiento que ayuda a salir un poco del limbo en el que en este momento nos encontramos; al respecto expresa:

Los procesos históricos en sí (sea cual fuere su desarrollo terminológico) plantean un problema interesante, entre otros: el de su estatuto. (...) el estatuto del discurso histórico, es asertivo, constatativo, de una manera uniforme; el hecho histórico está lingüísticamente ligado a un privilegio del ser: se cuenta lo que ha sido, no lo que no ha sido o lo que ha sido dudoso. En resumen, el discurso histórico no conoce la negación (o lo hace muy raramente, de una manera excéntrica). (Barthes 1994: 171).

El problema del discurso histórico es entonces un problema *de ser*; el hecho y el discurso que produce éste, busca significar la realidad, que es lo que en términos discursivos debe ser prioritario frente al acontecimiento histórico, más que pretender su verdad o falsedad.

No hay que olvidar que Barthes al escribir *El discurso de la historia* (*Le discours sur l'histoire*) tuvo un propósito claro y fue el de plantear a la luz del análisis estructural lo propio de la tipología de los discursos, concentrando parte de su trabajo y atención en el discurso histórico. Desde tal empeño, el autor se propone una tarea concreta que consiste en decidir “si el análisis estructural permite conservar la antigua tipología de los discursos, si bien será legítimo oponer discurso poético al discurso novelesco, el relato ficticio al relato histórico” (1994:163). Es sobre la posibilidad y legitimidad de estas oposiciones que el autor centra sus reflexiones, las mismas que lo llevan a plantear que la crisis de la narración histórica se debe a la primacía que los historiadores han dado a lo inteligible, supremacía que viene en detrimento de la narración misma, no obstante, desde sus comienzos la historia ha narrado.

Dos precisiones permiten concluir este texto, ambas conseguidas a partir de la lectura de Barthes. La primera se establece desde un interrogante formulado así por el autor: “¿qué hace el discurso histórico con la realidad?”,

pregunta que responde afirmando que no hace sino significarla, no dejando de repetir, *ha sucedido*, aseveración que bien puede ser una característica del discurso histórico. En este sentido, uno de los grandes aportes de Barthes, o quizás sobre lo que más llama la atención el autor, es su posición frente al discurso cuya preocupación no es hacerlo verdadero o falso, sino ubicarlo en la realidad y desde ella significarlo. Significarlo en lo social, en el devenir cultural capaz de explicar la conformación de las mentalidades, es la condición ideológica que lo hace discurso histórico, y que es además una de las condiciones que más destaca este autor.

Y la otra precisión, acabada de anunciar en las líneas inmediatamente anteriores, valiosa precisión que también otorga Barthes, tiene que ver con algo que se ha traído a lo largo de este texto, se trata de lo ideológico que es sucedáneo de todo discurso y en concreto del histórico:

Como se puede ver, por su propia estructura y sin tener necesidad de invocar la sustancia del contenido, el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, o, para ser más precisos, imaginario, si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso (entidad puramente lingüística) 'rellena' el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica) (Barthes, 1994: 174).

Si se atiende a las líneas acabadas de destacar, dos sentidos y dos pensadores hacen en este momento un interesante encuentro, pues cuando Barthes habla de significar el discurso histórico, en lugar de buscarle el sentido falso o verdadero, De Certeau considera que en el discurso histórico se da “la interrogación sobre lo real” y lo real no es otra cosa diferente a lo pensable, a lo que tiene cabida en el mundo de las preguntas, a lo que da lugar al hallazgo de las respuestas; de ahí que para este autor el discurso histórico remite y “establece una inteligibilidad del pasado” (1985: 63), una comprensión de sus acontecimientos que se tornan en objetos, motivos pensables.

Tal vez, uno de los aspectos interesantes que tiene el discurso histórico y la mirada conjunta con el discurso literario, es que el primero como bien dice De Certeau “vuelve explícita una *identidad social*, no como “dada” o estable, sino como diferenciada de una época anterior o de otra sociedad” (1985: 65). Es, si se hace una lectura correcta del autor, alcanzar a pensar en las

identidades sociales, las que cambian de una época a otra, lo que permite reflexionar en dos tiempos –pasado y presente–, así como en dos o múltiples mentalidades que por estar, reclaman volver a ser pensados, o si se prefiere a empezar a ser pensadas desde el referente de una época diferente.

Los autores trabajados en este texto y los planteamientos acotados de cada uno, en procura de alcanzar el propósito de estas páginas, permiten inferir que los hechos históricos, provienen del acontecer real, pero además son vulnerables al sentido que se les concede, bien porque éste sea vehiculado por la vía de la narración, bien, porque lo sea por la de lo inteligible. Una situación debe quedar clara y es que a los historiadores que se resisten a la narración dentro de la historia hay que reiterarles que si la historia e incluso su discurso se rige por un principio de inteligibilidad, a dicho principio le es indispensable el principio narrativo. No hay que olvidar que Ricoeur (1988) en sus *alegatos a favor de la narración* es enfático cuando expresa: “...la narración se ha convertido en el objeto de una revelación que se ha apoyado fundamentalmente en los recursos de inteligibilidad” (1983:209). Entonces, no se trata de un signo que va más allá de lo real, van a la par: narración e inteligibilidad se requieren.

Al mirar lo más detenidamente posible los dos discursos, el deber de lector y de estudioso de los mismos, es procurar un rescate de la narrativa en tanto ésta como discurso no puede relegarse a un segundo plano, dado que al principio de inteligibilidad, como se deja leer en Ricoeur, principio que subyace a la producción histórica le es indispensable el principio narrativo y para el caso, otro autor que ayuda a dar soporte a estas afirmaciones es DUBY, ubicado en la corriente de la nueva historia plantea: “considero que la historia sea ante todo un arte, un arte esencialmente literario. La historia existe sólo con el discurso” (1980:50). Con ello se explica que no basta con el acontecimiento, es necesario, lo dicho antes con de Certeau, lo pensable y con Barthes lo que hace significar la realidad desde el sentido que se descubre, que se concede a los hechos.

En el intento por definir, diferenciar, y relacionar los discursos a los que aquí nos hemos dedicado, predomina la visión de sentido que algunos y bien argumentados autores han concedido a los mencionados discursos y desde donde los han preferido abordar, pues definitivamente, no se trata de radicalizarse en la idea de cuál discurso porta o no la verdad, es mucho

más conveniente (quizá menos riesgoso) pensar y someter el análisis del problema a una discusión de *sentido*, de algo a lo que responde, o mejor como propone Bajtín “el sentido siempre responde a una cuestión y lo que no responde a nada aparece sin sentido [...]; no hay un sentido en sí. El sentido no existe más que para otro sentido, con el que existe conjuntamente. El sentido no existe solo (solitario)” (1999:366). Es Bajtín entonces, quien ayuda a consolidar la certeza que el problema de la pretensión de uno u otro discurso, no tiene que ver sólo con su carácter de verdad o de falsedad, está comprometido con el contenido de sentido que les concierne a uno y otro. De un sentido que se construye en tanto hay otro con el discurso que lo implica en su carácter de diálogo. De un sentido que para los dos casos le es necesaria la realidad.

La visión que se ha dado del discurso histórico como un discurso que debe leerse desde la construcción de sentidos, puede tomarse como conclusión central. Pero queda algo por La visión que se ha dado del discurso histórico como un discurso que debe leerse atendiendo a que en caso de adelantar un esfuerzo por alcanzar una reactualización del hecho histórico en los textos literarios, debe tenerse presente una exigencia básica que consiste en abandonar la idea de que la historia (entendida desde cierta tradición como sucesión de acontecimientos, o mejor como historia a-problemática) es lo que contiene y hace verdad a la literatura, hasta el punto de llegar a pensarse que ésta se debe a la historia. Lo que si debe quedar claro, es que así como los historiadores a partir de objetos y métodos propios construyen representaciones que muestran acciones humanas correspondientes a una época y a un espacio determinados, reflejo de una tradición; de igual manera, la literatura basada en el hecho histórico, también se ocupa, tiene por objeto la representación de acciones humanas, sociales, contextualizadas en tiempos y espacios concretos.

¿Qué es entonces lo interesante de esta especie de ida y vuelta de historia y ficción literaria y viceversa? Dice Francoise Perus:

Lo relevante aquí no consiste tanto en el carácter “real” o “ficticio” de estas acciones, cuanto en las modalidades de su figuración; vale decir en la forma específica de construcción del objeto de la representación artística. Esta forma específica de construcción [...] la hemos designado con el nombre de poética narrativa (Perus 1997-1998: 285).

Desde lo expresado por la autora, lo que se procura es reconocer el sentido de ambas narrativas, de la histórica y de la literaria y en ningún momento se pretende que la histórica subordine a la literaria, ni que ésta haga lo mismo con la histórica. Además de reconocer los sentidos de una y otra, se trata de saber que sus objetos, aunque en ocasiones comunes, tienen “temporalidades” y “espacialidades” (según Perus) particulares, imposibles de confundir, o de desplazar, pues han sido previamente establecidas.

Pero volvamos a Foucault, quien puede, sino salvarnos de una ambigüedad a la que suelen estar condenadas las definiciones, hacernos claridad, en concreto frente a las dos nociones de discurso, motivo central de este texto. Acerca del discurso literario, o el que aquí hemos venido nombrando como discurso de ficción literaria, plantea el autor:

Después de todo, la literatura en Europa, desde el siglo XIX, es una determinada clase de discurso que ya no se destina a decir la verdad, ni a dar una lección moral, que ya no se destina a agradar a los que la consumen. La literatura es una especie de discurso esencialmente marginal que transcurre entre los discursos ordinarios, que los entrecruza, que gira por encima de ellos, a su alrededor, por debajo, que los cuestiona, pero que de todos modos nunca se tomará como uno de esos discursos utilitarios, como uno de esos discursos efectivos, como no de esos discursos verdaderos que la política, la religión, la ética o la ciencia se encargan de poner en circulación (Foucault 1999: 86).

Lo que interesa del texto anterior es, además de reconocerlo como un discurso con un contenido social visible, el que su autor lo despoja de su destinación a ser el portador de la verdad. Lo valioso de este discurso es su alcance en términos poéticos de hacer hablar la ficción, de procurar un decir por fuera de lo institucional en el que haya cabida para el arte, capaz de permitir hasta la transgresión, la que por ser tal, roba el silencio de las palabras, haciéndolas decir eso inefable de lo que está hecha la literatura, de palabras, de saber contar, pues si algo caracteriza a la literatura, es, además de su posibilidad de transgredir, su capacidad de no callar, de no dejar de contar, es lo que la hace existir, permanecer.

Se puede suscribir la visión del Foucault sobre el discurso literario a la posición de Roger Chartier quien hace un llamado de atención acerca de la manera o maneras de escribir la historia y en torno a la responsabilidad de los historiadores frente a dicha escritura, pues:

Si éstos comparten con los novelistas las figuras retóricas y las formas narrativas que organizan todos los relatos, cualesquiera que éstos sean, de historia o de ficción, su tarea específica es proponer un conocimiento adecuado de lo que hicieron (...) los hombres y las mujeres del pasado (Chartier 2000: 13-14).

El conocimiento acerca de las realizaciones de los hombres y las mujeres del pasado, se refiere en concreto a sus formas de vida, maneras de actuar, de pensar, de leer, de escribir, de participar en la vida pública y de expresarse a través de un decir en el que no hay algo diferente a su propia voz, a la palabra que les pertenece. Para Chartier, es un conocimiento importante, dado que suele revelar las alteraciones e incluso las falsificaciones producidas por los poderes; pero además, se trata de un conocimiento capaz de “destruir las falsas ideas que alteran nuestra relación con la historia” (Chartier 2000; 141)

□ **Una conclusión aproximada**

Inevitablemente, a la historia y a la ficción las habita el entrecruzamiento; es lo que se deduce una vez se leen relatos de historia o de ficción configurados desde una instancia común: la del tiempo. A este entrecruzamiento se refiere Paul Ricoeur en su disertación acerca de la noción de tiempo, la que el autor considera como la interpretación de signos adelantada bien frente al sistema solar, bien frente al reloj. Pero tal interpretación y la razón de tenerla presente en un texto que viene reflexionando sobre el discurso histórico y el de ficción, es más que simple retórica; se trata de algo imprescindible al momento de pensar en los hechos que guardan la circunstancia de “haber sido”; es la manera de inscribirse reflexivamente en el tiempo, no como sucesiva cronología vacía, sino como el que marca, como el que proclama la huella del acontecer. Entendiendo por huella ese rastro, señal que nombra el pasado.

Es así como desde el interior del perpetuo calendario se marca con una fecha el acontecimiento sucedido en el presente, el que a partir de su ocurrencia implica otros tiempos, el pasado y el futuro. Fechar los hechos, es prometer el regreso a los mismos, el que se hace posible desde la abierta imaginación concedida por el presente, el que se logra por el imposible olvido acosado por el recuerdo, el que en palabras de Ricoeur, “hace memoria

por estar inscrito a la huella” (Ricoeur 1997: 109). Es esto lo que hace que “todos los recuerdos acumulados por la memoria colectiva puedan convertirse en acontecimientos *datados*, gracias a su reinscripción en el tiempo del calendario” (Ricoeur 1999: 905). El tiempo, el que hace posible el relato de la historia y el relato de ficción literaria, es el mismo que da lugar a la memoria para restituir, por su propia vía o por la imaginación su sentido a lo que ha sido; devolución posible gracias a que se conserva lo imborrable, la marca del tiempo.

La historia pura, sin ficción es imposible, como imposible es la imaginación sin la presencia de lo real; afirmación que permite declarar que no se leen los acontecimientos presentados en forma de relato de historia o de ficción literaria, suponiendo la no presencia de uno en el otro, al contrario, se trata de discursos que al leerse provocan una lectura conjunta, mutua, no disociada, y esto se consigue –según Ricoeur- con una “teoría ampliada de la lectura donde adviene el cambio, desde la divergencia hasta la convergencia, entre el relato histórico y el de ficción” (1999: 902).

El intento por comprender el entrecruzamiento de la historia con la ficción obliga a pensar, en la recepción del texto generada desde una teoría ampliada de la lectura, pero también hay que pensar en una circunstancia de escritura, la que lleva a admitir según se lee en Ricoeur que la historia se beneficia, toma prestados elementos de construcción de la tradición literaria. Se trata de una práctica adelantada desde antiguo y que se repite en todas las épocas. Bien es sabido que “los historiadores antiguos, no dudaron en poner en los labios de los héroes discursos inventados que los documentos no garantizaban” (1999: 908).

Hoy por hoy, los historiadores no se valen de lo fantástico como lo hacían los historiadores antiguos, pero hay que indicar que se resisten a renunciar a la subjetividad. Recurso que muchas veces permite que una obra pueda leerse como novela o como relato histórico, haciéndose posible una interdiscursividad, generada por los medios sutiles desde donde los historiadores se benefician de lo literario, en concreto de lo novelesco para lograr sus relatos de historia. “(...) el historiador no se prohíbe, pues, ‘pintar’ una situación, ‘expresar’ una situación de pensamiento y conferirle la ‘vivacidad’ de un discurso interior” (Ricoeur 1999: 909). Es el discurso con el que se logra leer el hecho pasado como hecho vivido, no sólo como hecho lejano y acontecido.

Indudablemente, hay que decir después de este recorrido de encuentros y desencuentros en procura de hacer comprensible el movimiento de la divergencia a la convergencia que realizan tanto el discurso histórico como el de ficción literaria, que ambos discursos se requieren, la presencia de uno en otro contribuye a la inteligibilidad de sus sentidos. Todo porque la memoria existe en tanto hay un sujeto que la posee, pero su permanencia la determina la huella, la señal que puede ser letra; pasado e historia, se trata de la memoria que se escribe. Sobre el pasado de la memoria escrita se teje en hilo de visible palabra, la historia, la que por darse en el tiempo, fluye como fluye y cambia el mismo tiempo.

□ Bibliografía

- ARISTÓTELES (1967) "Poética". *Obras*. Madrid: Aguilar
- _____ (1967) "Retórica". *Obras*. Madrid: Aguilar
- BAJTÍN, Mijaíl (1997) *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico/ Barcelona: Anthropos.
- _____ (1982) "El problema de los géneros discursivos", en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo veintiuno.
- _____ (1999) *Estética de la creación verbal* (10a ed.), trad.T. Bubnova. México: Siglo veintiuno.
- BARTHES, Roland (1994) "El discurso de la historia". En: *Estructuralismo y literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BACZKO, Bronislaw (1991) *Los imaginarios sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión
- BOLÍVAR, Adriana (1992) "Texto y discurso en el encuentro de dos mundos". *Actas IV Congreso Internacional del Español en América. Tomo II*. Santiago (Chile): P.U Católica de Chile, 900- 913.
- CALSAMIGLIA, Helena y Amparo Tusón (2001) *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel Lingüística.
- CERTEAU, Michel de (1985) *La escritura de la historia* (1ª ed.)México: Universidad Iberoamericana.
- CHARTIER, Roger (2000) *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- COFRÉ, Juan Omar (1991) *Filosofía del arte y la literatura*. Valdivia (Chile):Fondecyt/ Universidad Austral de Chile.
- COULTHARD, Malcom (Ed) (1992) *Advances in spoken discourse*. Londres: Routledge
- _____ (Ed) (1994) *Advances in griten text análisis*. Londres: Routledge.
- DUBY, Georges (1980) *Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau*. Madrid: Alianza Editorial.
- DUMÉZIL, Georges (1973) *Del mito a la novela: la saga de hadingus*. Medellín: Fondo de Cultura Económica.

- FAIRCLOUGH, Norman y Wodak, Ruth (1997) "Critical Discourse Analysis", En T.A Vandijk (ed.), *Discourse Studies. A multidisciplinary Introduction*, Vol. 2: *Discourse as interaction*, Londres, Sage. 258-284
- FOUCAULT, Michel (1968) *Las palabras y las cosas*. Madrid: Gredos
- _____ (1987) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets
- _____ (1996) *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Piados.
- _____ (1970) *Arqueología del saber*. Madrid, siglo veintiuno editores.
- _____ (1999) *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Piados.
- GARCÍA, Gual Carlos (1981) *Mitos, viajes, héroes*. Madrid: Taurus.
- GENETTE, Gérard (1969) *Figures II*. París: Seuil.
- GERASSI- Navarro, Nina (1997) *La mujer como ciudadana: desafíos de una coqueta en el siglo XIX*. Revista Iberoamericana. (Pittsburg, Pennsylvania) Vol. LXIII. N° 178-179: 129-140.
- KALIMAN, Ricardo et al (2001) *Sociología y cultura. Propuestas conceptuales para el estudio del discurso y la reproducción cultural*. Salta: Instituto de historia y pensamiento argentinos. Facultad de Filosofía y Letras.
- LOZANO, Jorge et al (1987) *El discurso histórico*. Madrid: Alianza.
- MALCUZYNSKI. M- Pierrette (2001^a) "Querer oír al otro". *El cardo* (Revista del Área Didáctica de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná, Argentina). 4.7:29-47.
- MALCUZYNSKI, M.- M Pierrette (2001b) "interdiscursividad textual", Texto inédito. Conferencia de clausura del VIII° Congreso Internacional de Sociocrítica, organizado por la Universidad Nacional de Jujuy (Argentina) conjuntamente con la Universidad Paul Valery de Montpellier (Francia). Salta, 24-26 de octubre de 2001.
- MARX, Karl (1975) *Introducción general a la crítica de la economía política*. Medellín: La Oveja Negra.
- PERUS, Franciose "Ficción autobiográfica y poética narrativa. (La historicidad de la literatura)" En: *Acta Poética* (Revista del seminario de poética. Instituto de investigaciones filológicas, UNAM, México) 1997-1998. Número monográfico: *Homenaje a Bajtín*, ed. E introd.. Tatiana Bubnova.
- PLATÓN (1966) "República" *Obras*. Madrid: Aguilar.
- POSADA, Carbó Eduardo (1998) "La novela como historia. Cien años de soledad y las bananera". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico. Biblioteca Luis ángel Arango* (Santafé de Bogotá). Vol XXXV. N° 48: 3-19.
- RICOEUR, Paul (1998) *Tiempo y narración*. Vol.I. Trad. Agustín Neira. Madrid: Siglo veintiuno Editores.
- _____ (1997) "Entrevista con Paul Ricoeur". En: *Revista de Occidente* (Madrid). N° 198: 105-121.
- SEVILLA, San Isidoro de (1982) *Etimologías I*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, de la Editorial Católica.
- TODOROV, Tzvetan (1993) *Las morales de la historia*. Barcelona: Piados.
- VAN DIJK, Teun (1984) *La ciencia del texto*. Barcelono: Piados.
- VERNANT, Jean- Pierre y VIDAL-Naquet, Pierre (1987) *Mito y tragedia en la Grecia Antigua*. Vol. I. Madrid: Taurus.
- VOLOSHINOV, Valentin N. (1992) *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Universidad.
- WHITE, Hayden (1992) *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Piados.